

LOS PAÑALES DE 1978

Entonces me llama por teléfono mi amigo el catastrofista para felicitarme el Año Nuevo, y me suelta a bocajarro:

—La cuna del año 1978 se mece sobre novecientos kilos de goma-2 y sobre trescientos kilos de hidronita.

—Muy literario. Muy poético. Pero, ¡vaya una felicitación! Tienes una manera de decir las cosas que...

Yo estaba todavía con la primera copa de champán, a pesar de que hacía un buen rato de que en el reloj de la Puerta del Sol habían dado las doce campanadas por la tele. Y es que todos tenemos que contribuir a eso de la austeridad. Y, además, porque no me gusta el champán. Y porque mi mujer ha dicho que, este año, nada de champán francés, que el poco crédito que nos queda no lo vamos a gastar en importaciones de lujos franceses. La voz de mi amigo seguía hablando al otro lado del hilo:

—Digo las cosas como son. ¿Cómo quieres que las diga? ¿Como en una nota oficial? Bajo la paz del pesebre están todos esos explosivos robados en Galdácano y en Gallarta. A la paz del belén apuntan todas esas armas robadas en Gerona. Tú mismo lo has dicho: no se puede edificar la convivencia democrática sentados tranquilamente en un polvorín.

—Sí, claro. No se puede. Pero el Gobierno está tomando medidas...

—Ja, ja, ja (risa falsa y sarcástica de mi amigo). Las únicas medidas que toma el Gobierno son las de permanecer sentados en las poltronas sea como sea, caiga quien caiga. Lo que tendría que hacer el Gobierno...

Me di cuenta pronto de que mi amigo tampoco sabía lo que tiene que hacer el Gobierno. No es fácil saber lo que tiene que hacer el Gobierno. Que tiene mano dura, malo. Que la tiene blanda, peor. Que se inquieta, cunde la alarma. Que se queda impasible, dicen que no reacciona. "No es oficio deseable éste", dijo en el Congreso el ministro del Interior, don Rodolfo Martín Villa. Y es verdad. "A veces, a los economistas nos toca ser aguafiestas", ha dicho al director de "ABC" el ministro de Economía, don Enrique Fuentes Quintana. Y también es verdad. Y, además, a los ministros les han congelado el sueldo, como explicó en el Senado el ministro de Hacienda, don Francisco Fernández Ordóñez. O sea, que la política no es negocio. Se mete uno en la política y en vez de pedir a los Reyes Magos un "scalatrix" con la excusa de los niños y poder jugar uno un rato los sábados por la tarde, hay que pedirles que se aplaque el terrorismo, que baje la inflación o que aumenten las exportaciones. Y entonces llega mi amigo, el catastrofista, y dice que los ministros son más inocentes que niños y que todavía no saben que los Reyes Magos son los padres.

Pero ¿cómo se pueden llevar de aquí para allá novecientos kilos de goma-2 sin protección y sin vigilancia? Y encima, en esa provincia en la que el gobernador civil dice que la ETA le quita el sueño. Pues eso. El Consejo de Ministros va y le pone una multa de cinco millones de pesetas a las empresas que llevaban de aquí para allá la goma-2 y la hidronita. Las empresas vascas, entre las multas del Consejo de Ministros, los impuestos revolucionarios y la reforma fiscal, se van a quedar en el esqueleto. Y, por otra parte, al Gobierno le entran las prisas por firmar lo de la preautonomía del País Vasco. Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, y ahora, hala, a firmar. Y entonces llega mi amigo el catastrofista y dice que el Gobierno debe firmar lo que tenga que firmar, pero no porque hayan robado novecientos kilos de goma-2 y trescientos kilos de hidronita. Que eso es gobernar bajo la amenaza y la extorsión. (Mi amigo dice "extorsión" y no dice "chantaje", porque es un puritano del idioma.) Lo peor que tiene mi amigo es que dice las cosas de una forma que...

El Gobierno además de poner esas multas de cinco millones, ha hecho más cosas. El jefe de la quinta zona de la Guardia Civil se ha ido a Bilbao, a ver si encuentra esa tonelada larga de explosivos antes de que exploten debajo de la paz del pesebre. El presidente Suárez se ha reunido con los más altos jefes militares. Dicen que, antes, el Gobierno había intentado llegar a un acuerdo con la ETA. Pero, al parecer, la ETA no quiere convertirse en un protocolo añadido a los pactos de la Moncloa. Cuando en el Senado se habló de la pena de muerte, nadie pronunció la palabra "terrorismo", pero esa palabra flotaba en el ambiente de la sala de sesiones. El ministro de Justicia dijo que la medida de abolir la pena de muerte no era oportuna. Y todos podían adivinar por qué decía eso el señor ministro. Don Landelino Lavilla ha dicho otras cosas estremecedoras para un país. Por ejemplo, que no se cumplen las penas. Por ejemplo, que no se aplica el Código Penal. Y entonces llega mi amigo, el catastrofista, y dice que, si después de esa confesión, esto es un Estado de Derecho, que venga Dios y lo vea. Y Dios ha venido, precisamente en estos días. Lo que pasa es que no se sabe si lo ha visto.

El año niño de 1978 ha nacido sin presupuestos. O sea, que todavía no se sabe si va a tener dinero suficiente para asegurarse el biberón. Los de la Unión del Centro Democrático sacaron el presupuesto en el Congreso, más que a fuerza de argumentos, a golpe de voto. A votar, a votar, que para eso estamos en una democracia. Y siempre ganaban los de la UCD. Las únicas diferencias de votos que arrojaba el marcador electrónico de los votos del Congreso eran las que producían esas señorías que iban a los lavabos o a tomarse el café urgen-

te para seguir dando la cabeza a números. Pero después, los presupuestos tenían que pasar por el Senado. Y en el Senado se necesita eso que se llama una mayoría cualificada. Dos tercios. Y la UCD no tenía los dos tercios. Y los presupuestos y los créditos extraordinarios que necesitaba el Gobierno para sacar adelante el biberón del año niño 1978 fueron cayendo en las votaciones remitidos a la Comisión para que allí fuesen enmendados. Se trataba solamente de una maniobra de entretenimiento, porque después pasarán por el Senado por el sistema de la mayoría simple. Y ésa sí que la tiene la UCD. Pero los socialistas se habían tomado la revancha. Quien a voto mata, a voto muere, que diría Joaquín Calvo Sotelo, ahora que ha vuelto a la pequeña pantalla con sus refranes.

No es que el año niño 1978 haya nacido robusto, como decían de todos los niños recién nacidos aquellas notas de sociedad de los años sin píldora. El año niño 1978 ha nacido más bien flacucho y enclenque, mustio y desnutrido. Pero los médicos, es decir, los economistas—no todos, sino los que están a su cabecera—dicen que se salvará y que dentro de algunos meses empezará a ganar peso y a medrar. Dicen que a mediados de año ya se le verá menos desmedrado y que a lo mejor se le puede sacar de la incubadora algún rato para que se vaya acostumbando al ambiente normal. Pero tampoco nos aconsejan que nos hagamos ilusiones, porque hace falta más tiempo para que salga de la crisis. Por eso Nemesio Fernández-Cuesta, en una tercera de "ABC", no se atreve a felicitarnos el 1978 y nos felicita el 1979, que muchos creían que en el título del artículo habían andado los famosos duendes de las imprentas.

Con todo, la Puerta del Sol estaba como siempre, porque "hay gente 'pa tó'", como decía El Gallo, y porque el Año Nuevo es siempre el Año Nuevo y hay que recibirle con alegría, traiga lo que traiga, que eso ya lo veremos después. De momento, ya nos ha traído alguna novedad. Y es que en la televisión metieron a la Paulova, a los coros del Ejército rojo, los ballets y el folklore ruso y el "Moscú, Moscú, Moscú" de Teresa Rabal, entre Peret a pie y Peraita a caballo. Y es lo que me decía mi amigo el catastrofista, que no vamos a dejar nunca de ser unos papanatas y que hemos pasado del "paló a Rusia", sin ton ni son, a "desde Rusia con amor", y que no debíamos haber hecho eso después del feo que le hicieron en la URSS a Santiago Carrillo, que este amigo mío, como es de derechas, confunde siempre la cultura con la política, y no como los de izquierdas, que confunden la política con la cultura. Que aquí lo que pasa es que no salimos de la ceremonia de la confusión, como dicen siempre los que nos quieren confundir o los que quieren que sigamos confundidos.

Por ejemplo, resulta que en este país todos somos abolicionistas. Aquí nadie se atreve ya a defender el mantenimiento en nuestras leyes de la pena de muerte. Pero tampoco nos hemos atrevido a quitarla. Los que querían quitarla desde ahora mismo, ¿creen ustedes que daban razones filosóficas, jurídicas, científicas, humanitarias? Bueno, pues no. Un señor senador dijo que la pena de muerte es una cosa que tienen las derechas para combatir a las izquierdas, que habrá que oír las cosas que diga de esto mi amigo el catastrofista, que yo no las sé porque le he dicho que a mí que no me las cuente. Y los que dicen que ya la quitaremos más adelante decían que las leyes no se cumplen. Y si no se cumplen, ¿para qué mantener la pena de muerte? ¿O se va a cumplir sólo la pena de muerte? Claro es que la historia es más larga, y más complicada, y mucho más triste. Lo que pasa es que no hay tiempo para contarla entera. Y más o menos, ustedes ya se la saben. En definitiva, que todavía no estamos tan maduros democráticamente hablando como para discutir de estas cosas sin dejarnos llevar de las pasiones partidistas, de los terrores infantiles y de las demagogias. Estamos como niños con zapatos nuevos, y a todos nos aprieta el zapato por algún lado. A unos, por el juanete izquierdo, y a otros, por el derecho. A mí me parece que todo eso es muy natural; pero mi amigo el catastrofista está empeñado en que andemos más derechos que velas, sin darse cuenta de que también en eso puede equivocarse, porque resulta que es bastante bizco de un ojo.

Total, que los pañales del año niño 1978 están más bien revueltos, mojados y descosidos. Pobre criatura. Pero hay que sacarle adelante. Y no debemos entretenernos demasiado en hilar sueños que, poco a poco, serán alcanzables. Que no es lo mismo hilar que darle teta al niño. Y el niño tiene que mamar de la teta izquierda y de la teta derecha, un rato de cada una, como Dios manda. De momento, en los umbrales del año, nos ha caído en Madrid una nueva nevada—cuente usted la nevada por sólo cincuenta duros, que decía el Forges—y ya se sabe que año de nieves, año de bienes. Las estadísticas dicen que no se puede decir que cualquier tiempo pasado fue mejor, así que, al margen de las preferencias políticas, los números de las catástrofes no ayudan a mi amigo el catastrofista. Otros años estuvimos peor. Y, además, aquellos polvos trajeron estos lodos. Y, como dijo Franco, querido amigo catastrofista, no hay mal que por bien no venga. Y a lo mejor los males nos llenan de bienes. Y usted que lo vea, lector. Y yo que lo cuente. Que es con lo que me conformo siempre: con poder contarlo.

Jaime CAMPANY